

LA PRESENCIA
DE DIOS
EN TU VIDA

Otros libros de A. W. Tozer:

Diseñados para adorar

Fe auténtica

Fe más allá de la razón

El poder de Dios para tu vida

Los peligros de una fe superficial

La verdadera vida cristiana

A. W. TOZER

Compilado y editado por James L. Snyder

LA PRESENCIA
DE DIOS
EN TU VIDA

ENSEÑANZAS DEL LIBRO DE HEBREOS



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Experiencing the presence of God* © 2010 por A. W. Tozer y publicado por Regal, de Gospel Light, Ventura, California, USA. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *La presencia de Dios en tu vida* © 2014 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1977-5 (rústica)
ISBN 978-0-8254-0794-9 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7982-3 (epub)

1 2 3 4 5 / 18 17 16 15 14

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Prefacio de <i>Randy Alcorn</i>	7
Introducción: Un viaje para descubrir la presencia de Dios	9
1. Avancemos hacia la presencia de Dios	15
2. Obstáculos en el camino a la presencia de Dios	27
3. La atracción del ser humano hacia la presencia de Dios....	41
4. Nuestra guía personal a la presencia de Dios.....	53
5. La rebelión del ser humano contra la presencia de Dios....	63
6. La naturaleza de la presencia de Dios entre los seres humanos	77
7. La verdadera libertad en la presencia de Dios	91
8. El camino hacia la presencia de Dios	103
9. Disfrutemos de la presencia de Dios manifiesta y consciente	117
10. El Lugar Santísimo de la presencia de Dios	131
11. Las dimensiones de la presencia de Dios.....	143
12. Nuestra mutua comunión en la presencia de Dios.....	157
13. La amenaza a nuestro disfrute de la presencia de Dios....	169
14. Mantengamos nuestra confianza espiritual en la presencia de Dios	181
15. La práctica cotidiana de la presencia de Dios.....	193

— PREFACIO —

Siendo adolescente y cristiano recién convertido, uno de mis primeros y mayores descubrimientos fue A. W. Tozer. Desde *El conocimiento del Dios santo* (que sigue siendo mi libro de no ficción favorito, aparte de la Biblia) hasta *La búsqueda de Dios* y *Después de medianoche*, y sus otros libros compilados de los artículos editoriales que escribió para la revista *The Alliance Witness*, devoré todo lo que ha escrito Tozer.

Aún regreso a aquellas páginas tan manoseadas y me maravillo de lo cristocéntricas e incisivas que siguen siendo las palabras de Tozer, cómo exaltan a Dios. ¿Qué quiero decir con “incisivas”? Bueno, es que leyendo a algunos de los escritores cristianos de nuestra época me he sentido tentado a tener muy buena imagen de mí mismo. Pero leer a Tozer ¡es como pedir un bofetón muy necesario! En la portada de sus libros debería haber un adhesivo que advirtiera a los lectores que tendrán que vérselas con el Espíritu de Dios. Y ¿no es eso lo que necesitamos en nuestra cultura ruidosa, amante de las emociones, que dice que todo lo que nos hace sentir bien es correcto?

Tozer no solo fue un gran pensador y amante de Cristo, sino también un magnífico escritor que pulió su capacidad literaria siendo editor y escritor de artículos editoriales. Son de destacar sus conocimientos eclécticos, y aun así su estilo es conciso y agudo. Sus palabras nacen de una fuente superior, de su inmersión en la Palabra de Dios y su propio compromiso de adorarle en todas las cosas. El resultado es un poder que en ocasiones deja al lector sin respiración, pero anhelando más.

Estoy convencido de que la Iglesia evangélica en el mundo occidental necesita a A. W. Tozer más que nunca. Por eso estoy tan agradecido por la aparición de esta obra, antes inédita, *La*

presencia de Dios en tu vida. ¡Qué placer escuchar a Tozer sobre un tema de tanto interés, la presencia manifiesta de Dios en la vida de su pueblo! Es una llamada de alerta muy necesaria para todo aquel que anhele adorar de verdad a Dios. Me enriqueció y me desafió.

Para mí Tozer es un mentor y un viejo amigo. Su intemporalidad y su impacto sobre mi vida son comparables a los de Charles Haddon Spurgeon. Ninguno de los dos ha perdido ni un ápice de su poder y su unción originarios, que se enraizaban con tanta firmeza en la Palabra de Dios y en el ministerio del Espíritu Santo en sus vidas.

Las palabras de Tozer alimentan mi mente y mi corazón, encaminándome siempre hacia Cristo. Al confraternizar con A. W. Tozer en las páginas de sus libros, me siento impulsado a adorar a Dios y me acerco más a mi Salvador y Rey. No hay ningún cumplido mejor que pueda hacerle a un escritor.

Doy gracias a Dios por A. W. Tozer, y espero el momento de sentarme junto a él en el banquete en la Tierra Nueva, donde oiremos hablar directamente a nuestro Redentor. Hasta entonces, mi consejo es sencillo: lee este libro y todas las palabras de A. W. Tozer que puedas conseguir. Al hacerlo, te acercará más a Cristo e invertirás en la eternidad que nos aguarda.

Randy Alcorn
Autor de los éxitos de ventas *El cielo*,
El principio del tesoro y *A salvo en casa*
Director de *Eternal Perspective Ministries*

UN VIAJE PARA DESCUBRIR LA PRESENCIA DE DIOS

A lo largo de la historia de la humanidad se han realizado grandes descubrimientos. No estoy seguro de cuál podríamos señalar y decir: “Este ha sido el mayor descubrimiento del mundo”. Pero, para el corazón hambriento, solo hay un descubrimiento que pueda satisfacerlo: el descubrimiento de la presencia manifiesta y consciente de Dios.

Este libro que tienes entre manos es la revelación del mayor descubrimiento del Dr. Tozer: comprender en qué consiste la presencia de Dios en la vida del cristiano, y experimentarla. El Dr. Tozer es un guía calificado para este peregrinaje.

A medida que avances por este libro descubrirás varias cosas. Primero, todo lo que escribe el Dr. Tozer se basa en verdades sólidas, escriturales. La idea principal que establece es que una verdad nunca está aislada de otras. Según Tozer, aislar la verdad de Dios es el punto de partida de las herejías en la Iglesia.

Cuando las personas empiezan a aislar las Escrituras para intentar desconectar sus componentes, es una señal que nos advierte que sacrificarán la verdad. Es posible hacer que la Biblia diga cualquier cosa que realmente queremos que diga. Después de todo, las sectas del mundo empiezan usando la Biblia, y lo que hacen es aislar la verdad, sin reconocer la armonía de la verdad en la Palabra de Dios. A menudo el Dr. Tozer dirá que para que la Biblia sea la Palabra de Dios no se le puede quitar ningún componente.

Por lo tanto, el fundamento escritural es muy importante. Muchas personas han tomado un desvío radical en un punto determinado y han acabado en lo que el Dr. Tozer denomina un misticismo sin Cristo. No hay nada más peligroso que esto, que en nuestros días ha conducido a una caricatura extraña del cristianismo.

Creo que lo siguiente que debes buscar en este libro es lo que el Dr. Tozer describe como la presencia consciente y manifiesta de Dios. A muchas personas les desagrada la Palabra “experiencia”. Sin embargo, a menos que hayas experimentado la salvación, no has nacido de nuevo. Por lo tanto, el ruego de este libro es que cada uno de nosotros siga adelante sin desmayar y experimente la presencia de Dios.

¿Habrán charlatanes que sigan esta línea? Sin duda. Pero no podemos permitir que un hereje nos arrebathe las verdades asociadas con la vida cristiana. Esta verdad básica ante nosotros dice que es posible que conozcamos a Dios con un grado de intimidad que es progresivo a la par que dinámico. El apóstol Pablo dijo: “a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Fil. 3:10). Este es el objetivo y aquello que buscamos: conocer a Dios con una intimidad cada vez mayor día tras día.

Este libro te abrirá el apetito por algunas de las verdades profundas de Dios. Creo que si el Dr. Tozer viviera hoy le conmocionarían algunas de las enseñanzas que oímos en la radio y sobre todo en la televisión. En nuestra época no se exponen a gran escala las verdades profundas de la Palabra de Dios.

Esto nos lleva a otro tema de este libro. Tozer nunca se muestra benévolo con lo que denomina “religiosidad” o, como dicen las Escrituras, con quienes “tendrán apariencias de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita” (2 Ti. 3:5). Una de las cosas que ataca con más virulencia es el entretenimiento en la Iglesia. Si eres del tipo de persona a quien le gusta que le entre-

tengan, puede que no te guste lo que leas. Este mensaje es para aquellos que realmente quieren conocer a Dios de una forma extraordinaria.

Una advertencia: puede que no siempre estés de acuerdo con el Dr. Tozer. De hecho, él no querría que lo estuvieras. Su propósito no es ganarte para su causa. En nuestra sociedad tenemos la tendencia a dividirnos en pequeños grupos religiosos. En cada grupo, todos los miembros tienen que estar de acuerdo con los demás sobre todo lo que cree ese grupo en particular. Si no estás de acuerdo con todo, tendrás que buscarte otro grupo.

A Tozer esta idea le parecía absurda. Existen ciertos fundamentos de la fe que todos debemos respaldar y defender, pero además, como diría Tozer, debemos siempre dejar espacio para el misterio. En el ámbito espiritual hay muchas cosas que siguen siendo un misterio. Cuando tenemos problemas es cuando intentamos definir y describir todos los misterios. En el campo de la espiritualidad, muchos de nosotros tenemos complejo de Sherlock Holmes. Queremos saberlo todo, hasta el último detalle. Esto no es más ni menos que minuciosidad religiosa, y alimenta el orgullo farisaico.

Buscar a Dios y aspirar a conocerle son rasgos bienvenidos. Pero en todo esto, por mucho que hayamos avanzado en nuestro caminar espiritual, siempre quedarán misterios. Lo que enseña el Dr. Tozer en este libro es cómo caminar en el misterio que supone experimentar la presencia de Dios.

Al final de cada capítulo se incluye un himno o una poesía escogidos, que resume la verdad contenida en ese capítulo. Vale la pena el esfuerzo de dedicar un tiempo a meditar en ese himno o poema. La práctica del Dr. Tozer en su caminar cotidiano con el Señor era pasar un tiempo con el himnario. Sé que los himnarios ya han quedado obsoletos en muchas iglesias modernas, ¡pero no podemos permitirnos ignorar los tesoros de algunos de estos antiguos himnos de la Iglesia!

El Dr. Tozer no era de los que siempre están mirando atrás y echan de menos “los viejos tiempos”. Pero tampoco menospreciaba la gran historia de nuestra fe cristiana. Y donde se aprecia mejor esa historia es en las palabras de un buen himnario tradicional. Quizá su amor por los himnos te induzca a explorar este amplio reservorio de la verdad doctrinal.

Deseo que Dios te dé fuerzas en tu viaje espiritual para que experimentes todo lo que Él ha decidido. Y espero que cuando acabes este libro estés dispuesto a vivir en la presencia manifiesta y consciente del Dios todopoderoso.

James L. Snyder

ENSEÑANZAS DEL
LIBRO DE HEBREOS

AVANCEMOS HACIA LA PRESENCIA DE DIOS

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.

HEBREOS 1:1-3

En los rincones más profundos del alma humana se encuentra el anhelo insaciable de conocer al Creador. Este es un hilo conductor que discurre por toda la humanidad, creada a imagen de Dios. A menos que se satisfaga plenamente ese deseo, y hasta que se consiga, el alma del ser humano estará inquieta, luchando sin cesar por obtener lo que, en última instancia, es inaccesible.

Cualquier cristiano juicioso ve claramente que los hombres y mujeres de nuestra época están sumidos en un espantoso caos espiritual y moral. Una persona debe saber dónde se encuentra, antes de comprender dónde necesita estar. Sin embargo, la solución no está al alcance del esfuerzo humano. El ideal o el éxito más elevado del hombre consisten en romper la esclavitud

espiritual y entrar en la presencia de Dios, sabiendo que uno ha entrado en un territorio en el que se le da la bienvenida.

Dentro de todo corazón humano habita este deseo que le impulsa hacia delante. Muchas personas confunden el objeto de ese deseo y se pasan toda la vida luchando por alcanzar lo inalcanzable. Dicho de forma muy sencilla, la gran pasión en el corazón de todo ser humano, que ha sido creado a imagen de Dios, es experimentar la prodigiosa majestad de la presencia divina. El máximo logro de la humanidad es entrar en la presencia subyugante de Dios. Nada más puede satisfacer esta sed ardiente.

La persona común, incapaz de entender esta pasión por la intimidad con Dios, llena su vida de cosas con la esperanza de satisfacer su anhelo interior. Persigue lo exterior, con la esperanza de saciar esa sed interna, pero no sirve de nada.

Agustín, obispo de Hipona, captó la esencia de este deseo en su obra *Confesiones*: “Tú nos has creado para ti, y no hallamos reposo hasta que descansamos plenamente en ti”. Esto explica, en gran medida, el espíritu de inquietud presente en toda generación y en toda cultura; la lucha constante por el conocimiento de la verdad de la presencia divina, esfuerzo que no llega a ninguna parte.

Juan, el autor del libro de Apocalipsis, nos dice algo parecido: “Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (Ap. 4:11). Dios se complace sobremanera en que descansemos plenamente en su presencia, momento a momento. Dios creó al hombre expresamente para que disfrutara de su bendición y su comunión. Nada en este mundo ni de él está a la altura del placer sencillo que es experimentar la presencia de Dios.

El espíritu de desasosiego que penetra en la marea de la humanidad da testimonio de esto. Nuestro propósito, como seres creados, es invertir nuestro tiempo deleitándonos en la presencia manifiesta de nuestro Creador. Esta presencia es intan-

gible e indescriptible. Algunos intentan explicarla, pero los únicos que pueden comprenderla de verdad son quienes tienen un conocimiento personal e íntimo de la presencia de Dios. Hay cosas que están por encima de la explicación y el entendimiento humanos, y esta es una de ellas. Muchos cristianos tienen todo un río de buena información, pero solo unas gotas caen en su alma lánguida para satisfacer su sed de la presencia de Dios. Son demasiados quienes nunca han penetrado en la luz radiante y deslumbrante de la presencia consciente y manifiesta de Dios. O, si quizá lo han hecho, es una experiencia infrecuente, no un deleite constante.

El deseo del hombre por elevarse

La intimidad con el Creador distingue al ser humano del resto de la creación divina. La gran pasión alojada en el pecho de todo ser humano creado a la imagen de Dios es experimentar esta prodigiosa majestad de su presencia. Sin embargo, hay algunos obstáculos en el camino del hombre que anhela entrar en la presencia de Dios con una familiaridad personal e íntima.

La experiencia de demasiadas personas que intentan sondear la presencia de Dios acaba en una frustración completa, absoluta. Desear entrar en su presencia y hacerlo son dos cosas muy diferentes. Como seres creados, los hombres desean la presencia del Creador, pero por sí solos no pueden encontrarla.

Pensemos en el águila, nacida para volar. En el pecho del aguilucho late el deseo natural que le impulsa a levantarse usando sus alas y propulsarse por los cielos, teniendo bajo sus alas cientos de metros de aire limpio. De vez en cuando el águila camina por el suelo o se posa en un árbol, pero en su cuerpo todo está diseñado para remontarse por los aires. Si a nuestra águila le cortaran plumas de las alas, impidiéndole volar, aún sentiría el deseo ardiente de remontarse por los aires. Sin embargo, su

capacidad estaría tan mermada que no podría despegar del suelo. No podría ser fiel a su naturaleza.

Este es el dilema de la humanidad. Hemos nacido para ascender al propio entorno de la presencia de Dios, el lugar al que pertenecemos; pero algo nos ha cortado las alas, impidiéndonos responder al clamor de nuestro ser. “Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas; todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí” (Sal. 42:7). Como el hombre no puede acceder a la presencia de Dios, padece muchos males.

Los obstáculos a la presencia de Dios

Por supuesto, el mayor obstáculo es el hecho de que Dios es inalcanzable. El pecado ha generado una deuda insalvable para toda la humanidad. Sin embargo, la buena noticia es que Cristo ha pagado esa deuda y ha abierto un acceso a Dios para todos. Pero existen al menos tres desafíos que obstaculizan el camino del ser humano en su búsqueda de la presencia de Dios.

La bancarrota moral del alma humana

El primer obstáculo es la bancarrota moral del alma humana. El ataque inevitable del ser humano contra el reino de Dios y el orden moral del universo le puso en deuda con ese orden moral, y se convierte en una deuda con el gran Dios que creó los cielos y la tierra. Esta deuda hay que pagarla. Lo que exige y reclama la conciencia moral de todo ser humano es un mérito suficiente que salde esa deuda. Por eso todas las religiones intentan establecer ese mérito, pero sin éxito.

La religión recurre a lo que se da en llamar “buenas obras”, que dan como resultado un vacío y una sensación muy arraigada de culpabilidad que nada puede eliminar. Pero incluso si pudiéramos obtener ese fundamento de mérito, no sería suficiente. Hay que garantizar el perdón.

¿Qué pasaría si un criminal despreciable quisiera tener una audiencia con la reina de Inglaterra? Alguien que tiene un historial dilatado de actividad criminal desea presentarse ante la reina y ser admitido en su presencia.

Esta situación podría arreglarse, porque muchos han deseado algo así y se lo han concedido. Pero antes de que ese criminal fuera admitido a la presencia de la reina habría que hacer algo. Nadie podría permitir arbitrariamente el acceso de un criminal a la presencia de la reina, alguien que debido a sus actos pasados pone en peligro la seguridad de su majestad y de todo lo que ella simboliza.

Con el paso de los años, muchos se han sometido al protocolo legal que les ha preparado para una audiencia con la reina. El ingrediente principal para entrar en la presencia de la monarca descansaría sobre una amnistía legal. Alguien tendría que resolver todos los temas legales necesarios para conceder un perdón absoluto. Sería necesario pagar la deuda. El perdón es un acto legal que escapa a las capacidades de la persona perdonada; es una fuerza externa que entierra el pasado criminal. Ese sería el primer paso.

Ningún criminal podría entrar porque sí a la presencia de la reina, simplemente porque deseara hacerlo. Tendría que ser alguien que le prestara lealtad, pero eso tampoco sería suficiente. Aun si el Gobierno perdonara a ese hombre, aunque pudiera borrar todas las entradas en el registro de sus actividades criminales contra él, de modo que no quedara ninguna en los libros, y aunque le devolviera su ciudadanía como si volviera a ser un ciudadano libre de nuevo, todo esto no bastaría.

Ahora toma el ejemplo de este criminal que está en la presencia de la reina de Inglaterra y piensa en nuestro deseo de entrar en la presencia del Dios santo. El corazón humano sabe que no puede entrar en la presencia de Dios porque se ha rebelado contra Él. Es necesario hacer algo para que esa rebelión acabe y se olvide. El acto de rebelión debe perdonarse del todo, y al rebelde

se le debe devolver la condición plena de ciudadano en el reino de Dios, para que sea hecho un hijo del Padre.

Todo esto fue hecho en Cristo, pero aun así no es suficiente. Hay otro obstáculo.

El hedor del pecado que nos rodea

Volvamos al ejemplo de un criminal que pide audiencia con la reina. Aunque a ese hombre se le han perdonado por completo sus crímenes, y su pasado ha quedado borrado, eso no basta. No solo hay que resolver el pasado, sino también abordar el presente. No podría salir de la cárcel, sin afeitarse y sucio, para entrar en la presencia de la reina. Tendría que lavarse y arreglarse para presentarse ante ella. Este hombre perdonado está sucio, huele mal y no se ha afeitado. Antes de entrar en la presencia de la reina, tendría que lavarse, acicalarse y vestirse correctamente.

Si quiere estar en la presencia de la reina, su condición y su vestuario actuales deben estar en perfecta conformidad con los deseos y las exigencias de la monarca. Ella fija el estándar, y todos los que entren a su presencia deben respetarlo. Ella nunca se adapta a los estándares de ellos.

De igual manera, un hombre no puede entrar a la presencia de Dios envuelto en el hedor de su pecado. Aunque el pasado se haya borrado, debe cuidar también su estado presente. La mera presencia de pensamientos pecaminosos, por ejemplo, obstaculiza nuestra entrada a la presencia de Dios. La suciedad pegada a nuestra ropa de arrogancia espiritual repele a la presencia pura e inmarcesible de Dios. No solo necesitamos un cambio de corazón, sino también de ropa. Por consiguiente, hemos de cambiar nuestras ropas sucias por el hábito puro de la justicia. Para entrar a la presencia de Dios debemos adaptarnos a su estándar en todos los sentidos.

A la luz de ese estándar, es necesario que haya cierta provisión. En la casa de David hay que abrir alguna fuente para el pecado y

la inmundicia, de modo que no solo seamos perdonados sino también limpiados. ¡La sangre de Jesucristo cumplió este acto magnífico! Eso es lo que enseña el cristianismo. Este es el testimonio que da la Iglesia al mundo. La conciencia moral del hombre, que clama pidiendo perdón y limpieza ante la presencia del gran Dios, ahora los ha encontrado gracias a un suceso, un acto del Hijo eterno, quien es la imagen del Dios invisible y el primogénito de toda criatura, que sustenta todas las cosas por la palabra de su poder (ver Col. 1:15-17). Se comprometió por sí solo a hacer ese acto terrible, inconcebible, increíble y estupendo. Por sí solo pagó la pena por nuestros pecados. Solo Él podía hacerlo, de modo que lo hizo solo.

En otras cosas, Jesucristo estuvo dispuesto a aceptar ayuda. Cuando nació en este mundo aceptó la ayuda de la virgen María, que entregó su cuerpo puro a Dios y le trajo al mundo: un hombre que nació como bebé en un pesebre de Belén. Lloró en los brazos de su madre, mamó de su pecho, ella le alimentó y le cuidó. Aceptó la ayuda de su madre. Aceptó agradecido la ayuda de José, su presunto padre, un sencillo carpintero que trabajaba desde el alba hasta el ocaso para ofrecer ropas y refugio a su esposa y al niño Jesús.

Pero en cierta área, la purga del pecado humano, el Hijo trabajó solo, y sin ayuda cumplió todos los requisitos para la redención humana. Por consiguiente, el hedor del pecado que despiden los hombres lo puede lavar y quitar la sangre de Jesucristo derramada en la cruz. Este estándar nos permite entrar osadamente a la presencia de Dios.

El concepto perdido de la majestad

Incluso los que forman parte de la cristiandad se han visto desafiados en su búsqueda de Dios. Nuestras ropas no son las únicas que necesitan la purificación divina, sino también nuestras actitudes e intenciones. Debemos entrar en su presencia de una forma que sea digna de Él.

La generación actual de cristianos ha padecido lo que yo llamo el concepto perdido de la majestad. Esto se ha producido siguiendo una decadencia lenta, manifestándose en nuestra depreciación de nosotros mismos. Quienes confieren al hombre escaso valor también se lo atribuyen a Dios. Después de todo, Dios creó al hombre a su imagen. Cuando dejamos de entender la naturaleza majestuosa del hombre, dejamos de apreciar la de Dios. ¿Cómo hemos llegado a esta situación?

En cierto momento muchos creían que la Tierra era el centro del universo y que todos los cuerpos celestes giraban en torno a ella. Era una Tierra simple, fácil de explicar, porque vivimos por vista, y según nuestros ojos la Tierra está quieta y todo lo demás viaja alrededor de ella. La mayoría pensaba esto hasta la época de Copérnico y Galileo, que llegaron en el siglo XVI y enseñaron que la Tierra no está en absoluto fija, sino que se mueve siguiendo una órbita.

En su mayor parte, la gente aceptó estos descubrimientos y dijo: “Entonces nos equivocamos al pensar que estaba fija. Ya no lo creemos”. De modo que dejaron de pensar que en el universo había cuerpos fijos, o al menos que la Tierra estaba inmóvil.

En aquella época, el pensamiento más frecuente decía: “Vamos a bordo de la Tierra, que sigue su curso diurno. Si la Tierra no es el centro del universo, el hombre es el centro de la creación de Dios. Además, no solo es el centro, sino su punto culminante”. La creencia aceptada en aquellos tiempos era que el hombre era la obra cumbre del mundo; Dios le creó, y lo hizo a su imagen.

Con el tiempo llegó Charles Darwin, que enseñó que el hombre no es el centro, la cabeza, el punto culminante, definitivo y terminado de la creación. Además, la Tierra y todo lo que hay en ella no es una creación; simplemente, está ahí. No es más que un propósito móvil. El hombre solo está a mitad de camino de donde estaba antes y de donde estará un día. En otro tiempo, el hombre se movía en un fango de partículas y se arrastraba y chapoteaba en lo profundo del mar. Luego el sol le alcanzó, le salió un ojo y se

convirtió en una salamandra acuática. Se desplazó un poco más y, después de que pasaran unos cuantos millones de años, se convirtió en un ave. Después de eso se convirtió en mono y aquí estamos, evolucionando. Sin embargo, no estamos en nuestro destino final ni tampoco en el lugar del que salimos. No somos el centro de nada. Nos limitamos a despegar; estamos en movimiento.

En las postrimerías del siglo XX, o un poco antes, el mundo de repente respiró hondo y dijo: “¿Es posible que sigamos luchando para evolucionar y que lo que antes llamábamos pecado no lo sea? Es algo distinto. No es más que el espasmo muscular de la vieja salamandra acuática. Son los restos de lo que solía haber en el hombre y, poco a poco, los estamos purgando. Fijémonos en el babuino y en ese profesor universitario. ¡Vaya diferencia más increíble! Fíjate en él, ahí sentado, escuchando una sinfonía de Beethoven con esa mirada soñadora. ¿Ves cuánto ha avanzado?”.

Sí, sin duda ha avanzado mucho. Míralo dos noches más tarde, cuando su mujer le echa una bronca y él se revuelve, le dispara, la acuchilla o la abandona. Él también es un ser humano, y todos sus títulos no han podido cambiarle en ningún sentido.

A pesar de todo esto, había gente que decía: “En algún lugar hay algo fijo. Si no es la Tierra, será el sol”. Más o menos en esa época llegó Albert Einstein y dijo: “No, las cosas no son así. En ningún lugar hay nada fijo, ni siquiera el sol. El sol no es más que otra estrella, en torno a la cual se ha organizado el sistema solar, pero este tampoco está fijo. Orbita en torno a otra estrella más lejana, y esta a su vez gira en torno a otra más lejana todavía”.

A estas alturas seguro que empieza a dolerte la cabeza y dices: “¡Por favor, déjame tranquilo! Ya no puedo más”. Todos estos postulados han servido para derribar todas las ideas sobre la majestad del ser humano. No puedes creer ninguna de estas cosas y luego contemplar al hombre con el más mínimo respeto.

Fijémonos en los cuadros de nuestros fundadores y antepasados: eran ancianos muy dignos, pero no podrás mirarlos con

respeto si has perdido el sentido de la majestad humana, porque Dios les creó. Deberías ver debajo de sus patillas las branquias de la salamandra. Entonces te darías cuenta de que no son hombres dignos, creados a la imagen de Dios, sino seres que se han arrastrado hasta ese punto alejándose del pantano.

Esto es lo que este sistema mundial quiere que creamos, arrebatando todo sentido de la majestad. Seguro que tú no podrías respetar algo que salió reptando del fango.

Se ha perdido el sentido de la majestad, y junto con ese sentido ha desaparecido de la humanidad un sentido de dignidad. Esto ha influido tanto en nuestra sociedad que posiblemente ya sea irrecuperable.

Incluso los cristianos padecen un sentido desmoralizado de la majestad. Da lo mismo si algo es cierto o no, mientras sea divertido. Nos da lo mismo si es verdad o no, siempre que se exprese de una forma que nos entretenga.

Pero yo creo que la Majestad sigue en los cielos. Esta Majestad sigue sentada en el trono delante del cual ángeles, arcángeles, serafines y querubines siguen clamando: “¡Santo, santo, santo, Dios de los ejércitos!”. Cuando Jesús, que era Dios, purgó Él solo nuestros pecados, volvió y se sentó donde había estado durante los siglos de los siglos, a la diestra de la Majestad en los cielos. Después de haberse sentado a esa diestra, el Hijo eterno se volvió al hombre.

Reclamando nuestro sentido de la majestad en lo alto

El liderazgo cristiano moderno ha hecho mucho para opacar los elementos majestuosos del cristianismo. Todo debe tener cierto tipo de explicación racional, lógica. Admito sin problemas que roza lo imposible describir con cierto grado de idoneidad la presencia consciente, manifiesta de Dios. Cualquier intento inútil por mi parte se vendrá abajo reducido a una decepción frustrante.

Lo máximo a lo que puedo aspirar es expresar mi experiencia personal respaldada por la exhortación escritural. Mi misión consiste solo en abrir el apetito y confiar que el Espíritu Santo hará el resto.

A muchas personas les gusta que su religión sea una bonita fórmula, algo que hacen sin mucho esfuerzo ni reflexión. En nuestros días todo el mundo tiene algún atajo para acceder a las bendiciones de la presencia de Dios: “Cinco pasos fáciles a la felicidad” o “Diez pasos sencillos para obtener de Dios todo lo que quiera”. Sin embargo, no existe una fórmula cómoda y eficaz. Más bien debemos abrir nuestro apetito espiritual por aquello que realmente anhelamos: la presencia de Dios. Sé bien que si podemos explicarla, entonces no hay duda de que no es la presencia majestuosa de Dios.

Lamentablemente, la mayoría de personas lee estas páginas con cierta curiosidad, y pronto se aburren y se van en pos de la emoción de algo nuevo. Al sentirse fascinados por alguna chuchería externa, pronto pierden interés en buscar la presencia de Dios. Para esas personas siempre llega alguien afirmando poseer alguna novedad religiosa con la que jugar. El cristiano pobre, desnutrido, inmaduro, pasa de una novedad religiosa a otra, acabando con un vacío interior que no logra entender.

Este libro es un pequeño intento de avivar la llama del deseo santo por Dios. Espero que te embargue esa pasión y sigas avanzando en la presencia consciente y manifiesta de Dios. Thomas à Kempis entendió esto y escribió: “Si quieres tener una vida interior debes aprender a disfrutar de la intimidad con Dios, sin que la obstaculice ninguna interrupción del mundo exterior”. Amplía este pensamiento en su obra *La imitación de Cristo*: “Para que un hombre haga progresos espirituales, debe negarse a sí mismo; un hombre que ha hecho esta renuncia disfruta de gran libertad y seguridad”.¹

1. Thomas à Kempis, *La imitación de Cristo*, traducción de J. M. Lelen (Nueva York: Catholic Book Pub. Co., 1985).

Lamentablemente, el mundo nos influye demasiado y ha conseguido atrincherarse en nuestra alma interior, impidiéndole buscar la presencia divina. La buena noticia es que el corazón del hombre realmente anhela la presencia de Dios, y que todas las grandes barreras que impiden acercarse a Él ya han sido derribadas en Jesucristo.

Dios por doquier está

Oliver Holden (1765-1844)

Si buscas el trono de gracia
en todo lugar lo hallarás;
si oración alzas al cielo,
Dios por doquier está.

En salud o en el quebranto,
con riqueza o con penuria,
si al Señor vienes orando,
Dios por doquier está.

Cuando la vida se enturbia
y acósanos la tristeza,
eleva oración, no hay duda:
Dios por doquier está.

Oh, alma mía, en tu dolor
acude a tu Padre y espera;
responderá a tu oración:
Dios por doquier está.